

beis calificado de muy sencillo y poco inteligente; pues bien, ¡desilusionaos, señores! el que habeis tenido delante, el que habeis oído, es el mas píllo y mas astuto del mundo. Según Armand se dijo: «No es uno cada día cochero de un millonario, es preciso aprovechar la ocasión. Armand tiene dinero, tiene mucho, no falta mas sino encontrar el medio de sacárselo. El medio es éste: le hago pasar por un asesino y para lograrlo no me mataré del todo, pero que me falte poco; avanzaré hasta las últimas fronteras de la vida, en cuyo momento cuento con la Providencia, ésta me enviará á alguno para librarme y para impedir que franquee el terrible paso. Vuelto á la vida y á la salud, diré que mi amo fué el que me puso en aquel estado, y con que yo lo diga, de fijo lo creerán todos; una vez creído por todos, ya tengo mi fortuna hecha.»

Hé aquí el sistema de Roux, asegurándose que ha obtenido un gran éxito ante ciertas personas. En cuanto á mí, no quiero herir á nadie, pero francamente, los que creen en ese sistema ó plan no me parecen muy exigentes sobre las leyes de la verosimilitud y del buen sentido, ni se precian de juiciosos observadores de la humana naturaleza. ¡Ah! comprendo que cuando se encontraban colocados entre dos planes ó sistemas que rivalizaban en inverosimilitud, el de la acusación y el de la defensa, se dividiesen las opiniones: yo mismo espermenté esa vacilación de la conciencia. *Non ignara mali, miseris succurrere disco*. Sí; cuando la acusación profesaba la chocante opinión de que Armand había bajado al subterráneo á propósito para asesinar á su criado, los espíritus mas ilustrados podían y debían titubear, no se quedaban satisfechos ni por un lado ni por el otro, y yo mismo, lo repito, al recibir esos autos, con los que no contaba, de manos del Tribunal de Casación, abordé el estudio con toda especie de escrúpulos y temores, y estas expresiones recuerdo ahora que fueron las mismas de que me serví al escribir al señor guarda-sellos; pero hoy día ya no se trata de eso. Armand no es un amo que vá á estrangular á su criado lleno de vida; es un hombre que cede á un violento arrebató, que se encuentra en seguida espantado por las imprevistas consecuencias de su arrebató y que se determina á cometer otros nuevos para ocultar los

primeros. Nada menos extraordinario, nada hay en esto que no sea aceptable, mientras que el sistema de la simulación no puedo convencerme de que deje de estar en oposición con el buen sentido. Esto es lo que falta probar.

Ante todo, cuando el suceso tuvo lugar, ¿qué impresión causó aquel extraño espectáculo en todos los testigos inteligentes? Todos unánimes pensaron que era imposible de todo punto el que Mauricio se hubiese convertido á sí mismo en víctima de semejante atentado. Esta fué la opinión del señor Brousse, la del señor Surdum, la del comisario de policía, y sobre todo la de Armand. No habeis olvidado la declaración del señor Bayssade; llegó, nos dijo, bajo la impresión del rumor popular que se fijaba en un suicidio. El señor Armand fué el primero que lo designó, diciendo: «no es un suicidio, es un asesinato, y este debe haber sido obra de muchas personas reunidas.»

Y en la mañana del siguiente día 8 de Julio, oído como testigo, Armand declaraba aún: *ni por un momento dudé que se habia cometido un delito*. No es que yo quiera abusar en contra de Armand por el argumento que nace de esta declaración hecha en los primeros momentos; no trato de rehusarle el derecho de haber caído en error en el primer instante, error que podía luego reconocer; pero al menos quedémonos con esta primera explicación salida de sus labios, ya que de ella sacaremos graves consecuencias durante el curso de la discusión.

Del problema, que bajo ningún concepto puede considerarse aún resuelto, de saber si aquí se trata de un homicidio, pasemos á este otro: ¿Quién es el autor, cómo ha corrido el nombre de Armand, cuales han sido las precauciones que la justicia ha tomado para no caer en un error? Desde el momento en que Roux recobró sus sentidos, desde el punto que brilló en su cerebro el primer rayo de la razón, todo fué conocido. No habeis olvidado, señores jurados, la escena que os refirió Delousteau, el inspector de policía y el señor Vialette, el estudiante de medicina. El señor Delousteau os dijo: á la una de la noche la vista del enfermo estaba empañada y no daba señal alguna de volver á la vida, sobre todo á la vida intelectual; pero un poco mas tarde la vista se anima y

lanza á intervalos destellos de inteligencia. Preguntá entonces el señor Delousteau y vé que es comprendido: nota ciertos gestos y entre ellos el índice del enfermo dirigido con constancia hácia la nuca, esto le llama la atención, y va á llamar al estudiante de medicina. Este busca, escudriña, observa y por fin descubre una contusión que hace nacer en su espíritu la idea de un crimen por vez primera, ya que no estuvo en el subterráneo ni había visto nada, ni sabía una palabra de cuanto se había dicho. Trata de saber entonces el nombre del asesino; Mauricio Roux no puede hablar, pero sabe leer: se le pregunta y responde afirmativamente por medio de signos.

«Voy á poner mi mano en la vuestra, le dice el estudiante; pronunciaré sucesivamente todas las letras del alfabeto, y cada vez que diga aquella que debéis indicar me apretareis la mano.» Hecho esto, obtuvo el nombre de *Almand*. La prueba no había salido bien del todo; lo advierte al notar los signos que le hace con los ojos el enfermo, y vuelve á empezar; entonces fué cuando se obtuvo el apellido *Armand*. El señor Vialette es un forastero en Montpellier; este nombre no le dice nada, pregunta á quien debe ser aplicado. Conocéis alguno de ese nombre, pregunta á Malzac y á los conserjes que están allí. Estos dos hombres son dos fieles servidores, se miran y no responden! Esto, señores, es significativo, ninguno de ellos osa decir: «Es nuestro amo quien se llama Armand!»

El estudiante queda impresionado con la actitud de aquellos dos hombres; he venido á decíroslo en la audiencia, y sabeis también que poco tiempo después Malzac fué á buscar á su amo y á decirle que Mauricio Roux dirigía contra él la acusación que conocéis.

A esta primera escena sucede otra. Al saber Armand que su nombre ha salido, no diré de la boca de Roux; pero sí de la presión de los dedos; se traslada al lado del enfermo acompañado de un pariente suyo, el señor Biguet, y le dirige palabras de interés. El comisario de policía se encuentra presente y nota, no sin asombro, que Mauricio levanta la mano hácia su amo y la lleva hasta su chaleco; pero su mano débil cae desfallecida, y entonces Armand se retira con el rostro ligeramente pálido y contraído. Va en seguida el procurador imperial, que obtiene del enfermo por

medio del alfabeto, no solo el nombre del asesino, sino también la construcción de una frase que en sí misma encierra toda la explicación del crimen. Esta frase ya la conocéis: *Mi casa es una barraca*. Una carta que hemos recibido últimamente del señor procurador imperial de Montpellier, completa su proceso verbal y nos da preciosos detalles. Por ella sabemos que cuando aquel magistrado le preguntó la causa del crimen, Roux le enseñó la lengua, como indicándole que era por haber hablado mas de lo regular.

El señor procurador general lee la carta del procurador imperial y continúa:

En cuanto al señor juez de instrucción, ya sabeis por la lectura que se ha hecho de algunos fragmentos del proceso verbal que él ha dirigido, con que calma y sabia reserva ha acogido las revelaciones de Mauricio Roux; pero cuanto mas incrédulo y desconfiado quedó, como hombre de buen sentido que es, tanto mas en vista de la persistencia de Roux, y de la inutilidad de sus esfuerzos para vencer esa resistencia, mas y mas debió creer en la culpabilidad de Armand.

Parece que la defensa ha querido sacar interpretaciones equívocas de algunos pasajes de su proceso verbal. Ciertó es que el primer día, mientras Mauricio Roux no pudo expresarse mas que por signos, el juez de instrucción entendió que Mauricio Roux había tenido conciencia de la escena entera desde el golpe de bastón ó de leño, hasta la estrangulación.

Pero este primer error, perfectamente explicable ante la dificultad de recoger las pruebas de la acusación, cesó desde el momento en que Roux recobró la palabra, ó pudo comunicar su pensamiento de una manera completa. Repitió entonces lo que había dicho ya por medio del alfabeto, al señor procurador imperial: «Había bajado al subterráneo, estaba arrodillado ocupándome en cargar leña, cuando Armand apareció, y me dijo golpeándome con su bastón: «Yo te enseñaré si mi casa es la de un pelgar.»

A partir del 9 de Julio, jamás Mauricio Roux ha dicho otra cosa; nunca ha variado ni un instante sobre los detalles cortísimos de esta escena, de la cual solo él pudo tener conocimiento.

Entre las pruebas á las cuales ha sido sometido Mauricio Roux, permitidme, señores, que insista so-



bre una escena que tiene gran importancia á los ojos de los hombres de buena fé; esto es, á la escena de la comunión.

El señor procurador general despues de haber explicado como la hermana superiora del hospital Saint-Eloi fué la única iniciadora, reproduce las principales circunstancias de la comunión de Roux, y despues continúa:

Aunque haga reír á la defensa, os confieso que la escena me ha parecido tan conmovedora que, la primera vez que la leí, se me saltaron las lágrimas. ¿Era esto en mí el efecto de no sé qué fervor religioso particular, de una atracción mística? De ninguna manera; pero yo soy hombre, *homo sum*, y nada de lo que toca á los sentimientos respetables de la humanidad puede encontrarme insensible.

Porque ¿hay nada mas bello, mas respetable, que el espectáculo del hombre luchando contra la muerte, conservando en esta lucha toda su energía moral y depurando sus terrestres debilidades al contacto de esa luz divina, de la cual cree percibir los primeros rayos? En esta misma audiencia; en medio de todas sus rudezas de lenguaje, entre todas las torpezas que han revelado tan bien su poca inteligencia y probado cuan imposible le hubiese sido el tramar la simulación de que se le acusa, Mauricio Roux, sobre el punto particular de la comunión se ha mostrado mas sencillo que yo mismo acabo de serlo, y precisamente por esto, mucho me temo que no haya estado mas elocuente. Interrogado por el señor Presidente: «Señor, respondió: ¡No se burla uno de estas cosas! ¡En semejantes momentos no se tienen ganas de mentir!» Hermosa respuesta, señores, que prueba que este hombre, por mal que os hayan hablado de él, ha conservado un sincero sentimiento religioso, y jamás hubiera querido burlarse de un misterio del cual mide su solemne é inmenso valor. Cuanta mas sencillez ha empleado en su respuesta, mas parece que esta ha debido conmoveros.

Desde esta época han transcurrido nueve meses; Mauricio Roux ha ido á su país, ha vuelto á Montpellier; todos sus actos han tenido numerosos testigos; ha tenido sobre este asunto, ó bien se le han hecho tener, una infinidad de conversaciones. ¡Pues bien! ¿Se ha sorprendido en él la mas ligera varia-

ción, la sombra de debilidad? Este hombre que con razón se ha representado como lleno de inconstancia en su carácter, ha mostrado en su revelación una perseverancia que jamás se ha desmentido, y yo os pregunto, señores, ¿no debe esto tener un gran valor á vuestros ojos?

Por último, hé aquí llegado el día en que Mauricio Roux comparece ante vosotros; ¿cuál ha sido su actitud y qué conclusiones se han de sacar?

Para juzgar esta comparecencia de Mauricio Roux, existen dos puntos de vista: el punto de vista ligero, superficial; y el punto de vista grave, meditado.

El punto de vista ligero, superficial, es el de aquellas personas que hubieran querido que Mauricio Roux, el cochero, el criado, se hubiese espesado como un caballero ó como un hombre de talento; que hubiese guardado siempre una perfecta reserva y no hubiese dicho ninguna inconveniencia.

Estoy seguro de que estos jamás han sufrido mayor decepción; pues en cuanto á torpezas, Mauricio las ha cometido tales y de tal tamaño, que habian causado á los que se habian de antemano constituido en sus adversarios, una alegría que ha debido sobrepujar á sus esperanzas.

Permitidme, señores, que os repita las palabras que un célebre orador hace poco pronunció en otro recinto: «La conveniencia, decia, es cosa puramente relativa; es una noción que se perfecciona á medida que uno se eleva en las altas regiones de la sociedad y que se debilita á medida que se baja hácia las capas inferiores.»

Hé aquí porque os es imposible á vosotros, hombres inteligentes, que juzgais humanamente las cosas humanas, el ver un miserable y un embustero en un hombre del pueblo, únicamente por haber faltado á las conveniencias; pues correriais peligro en cierto modo de comprender en esta calificación á todos los que componen la clase popular.

Bajo el otro punto de vista, pues, es donde debéis colocaros; es decir, bajo el punto de vista grave, meditado, que hace que se racione y que se descienda al fondo de las cosas, y obrando así, cuanto mas se ha mostrado este hombre torpe y desprovisto de inteligencia, mas debéis como yo tener confianza en sus revelaciones; pues si poneis en duda su sin-

ceridad, debéis admitir el sistema del señor Armand, es decir, el sistema del disimulo maquiavélico; os encontráis encerrados en un dilema del cual no podéis salir; y yo os pregunto: ¿es posible que un hombre tan poco inteligente, tan poco juicioso, haya inventado todo ese sistema que le atribuyen al suponerle que disimuló, sistema que requiere por su ciencia misma una infinidad de cálculos y casi la ciencia de un médico, y de un buen médico? ya veremos mas adelante, que de no ser así hubiera sido preciso, lo cual es mas difícil todavía, que hubiera adivinado ciertos fenómenos físicos cuyo conocimiento le era de todo punto necesario para atarse él mismo.

Tal es, señores, el argumento que se desprende de la conferencia de Mauricio Roux en estos debates; dejemos á un lado sus groserías, que son una prueba más, á mi entender, de su veracidad, y fijémonos en lo esencial: —lo esencial es que ha mantenido las declaraciones contra Armand.

Bajo este punto de vista, representaos la escena que no ha podido borrarse de vuestra memoria; recordad á Mauricio Roux colocado entre dos fuegos cruzados, que le asaltan por todas partes y de los cuales el mas temible era el interrogatorio que le hacia sufrir el señor Presidente para descubrir la verdad. Esta verdad, el respetable magistrado la ha buscado con una persistencia é imparcialidad de que tiene derecho á honrarse; parecia que no por gusto sino por deber abría un abismo á los piés de Mauricio Roux para que cayese en él; éste no cayó, y por el contrario, le vemos mantener con una inquebrantable constancia, que estoy cierto habrá llamado vuestra atención, cuanto hasta ahora habia afirmado. Ni mas ni menos; y al ver esto, yo os pregunto: ¿no es esto una prueba de que se siente impotente para modificar su relato, y de que para que resulte siempre igual tiene que recurrir á la verdad misma?

No puedo dejar de haceros notar que este hombre es tan zafio, tan falto de inteligencia, que una frase pronunciada la víspera del atentado por su amo el señor Armand, frase que fué para nosotros como un rayo de luz, buscado durante mucho tiempo, esa frase la habia dejado ignorar y solo en la audiencia ha sido cuando la ha revelado.

El señor procurador general recuerda la conversación que tuvo en la cocina el 6 de Julio por la noche, como la ha contado en la audiencia, y continúa:

Podría preguntarse si Mauricio Roux ha atribuido á su amo esas espresiones, con el objeto de hacerlas ir en apoyo de la violencia imaginaria de que se proponia acusarle; pero esta objeción tendria su valor si hubiese sido el mismo Roux quien hubiese hecho conocer á la justicia la famosa frase *me vengaré*; pero no sucede nada de esto; ni aún parece que se haya acordado de tal frase, la cocinera y la camarera han sido las que nos la han hecho conocer y en cuanto á él, léjos de haber dado mayor desenvolvimiento á la revelación de aquellas dos mujeres, ha sido necesario hacerle pasar sus recuerdos como cuando en un parto se emplea el forceps.

Si el acento de Mauricio Roux, su persistencia, y hasta añadiré, su falta de inteligencia, son ya una poderosa garantía de la verdad de sus revelaciones, esto no quiere decir que no haya infinidad de pruebas materiales que vienen á confirmar y á escluir, á mi modo de ver, de una manera completa hasta la sombra de una mentira inventada por él.

Hé aquí dos circunstancias que, gracias al sistema adoptado por Armand, no son decisivas, lo confieso, pues yo nunca trato de forzar un argumento, pero que me parece, sin embargo, de la mayor importancia. La primera es la semejanza de las cuerdas, semejanza que en sí misma no es cosa muy grave, pues muchas cuerdas se parecen: la segunda mas importante es que el cuerpo, ó mejor dicho, los piés de Mauricio Roux estaban atados con un pañuelo que llevaba bordadas las iniciales de Armand.

Estas dos circunstancias tienen la ventaja de que circunscriben el círculo de la discusión, excluyendo la suposición de que el asesinato pudo ser cometido por persona alguna extraña á la casa de Armand; pues es evidente que una persona extraña no hubiese podido procurarse cuerdas parecidas, cuando no iguales á las que habia en casa de Armand, y sobre todo, no hubiera tenido un pañuelo que perteneciera á éste.

¿Pero no veis, se me dirá, que este es precisamente uno de los rayos de luz que permiten ver mejor la estratagema? ¿No estais viendo que Mauricio



Roux quería crearse con todo esto una prueba material que viniese en apoyo de su simulación? Se explica perfectamente que tratando Mauricio Roux de jugar una comedia en perjuicio de la bolsa de su amo, se arreglase de modo que se procurase estas pruebas que tanto comprometían á éste y que le robase un pañuelo para emplear y ocultar precisamente su personal iniciativa; pero lo que no se explica es la locura de Armand y la imprudencia que habría cometido siendo autor del delito de que se le acusa, de servirse de un pañuelo que llevaba sus iniciales.

El razonamiento es especioso, y ante todo contesto con esta sencilla reflexión: ¿por ventura los culpables lo preven todo? El señor doctor Tardieu que no puede ser sospechoso, os lo ha dicho, los culpables no lo preven todo. ¿Si los culpables lo previesen todo dejarían huellas de su paso en el suelo acabado de remover? ¿Olvidarían una gorra, un instrumento, un útil que servirá luego para reconocerlos? ¿Cargarían su escopeta con un papel del cual se encontrará el otro pedazo en su bolsillo? La imprevision de los culpables es lo que constituye la fuerza de la justicia, y solo cuando el culpable lo ha previsto todo, ó la casualidad se ha encargado de preverlo todo, es cuando la justicia nada puede hacer. Esto, aparte de que, sostengo, que puede explicarse esta imprudencia de muchas maneras, y en primer lugar porque nada prueba que no tuviese Armand la intención de sacar el cadáver de noche.

No tengo que buscar las intenciones de Armand, pero es una reflexión muy natural que me conduce á la hipótesis que acabo de enunciar.

Pasemos mas allá y supongamos siempre que Armand es culpable, en este caso preguntamos: ¿cómo es que empleó su pañuelo para atar los piés de Mauricio Roux? La contestación es muy sencilla; porque no tenía cuerdas; de otro modo no había pensado en atar los piés de Mauricio Roux con el pañuelo; se comprende que cogido de improviso usó de él, sin acordarse ni de la marca ni del indicio que se podría sacar en contra suya.

Diré más. ¿Podía temer Armand de una manera seria que aquel pañuelo marcado con sus iniciales le pudiese comprometer, si la víctima no estaba pre-

sente para acusarle? ¿No se podía creer, en efecto, que aquel pañuelo se había encontrado por los asesinos en el bolsillo del criado, que por error había cogido aquel pañuelo de su amo?

Dejemos las cuerdas y el pañuelo y notemos tres circunstancias, que á mi juicio son inconciliables con el sistema de la simulación.

La llave que no se ha encontrado.—La atadura de las manos y de los piés, y por último, el golpe que tenía Roux detrás de la cabeza.

Empezaremos si os parece bien por el último de estos tres hechos, por el golpe en la parte posterior de la cabeza.

La defensa tiene una manera admirable de prescindir de este argumento: para no tener que rebatirlo, lo suprime, lo niega. Esto será muy cómodo ¿pero es admisible? Esto es lo que vamos á examinar y ya que el curso de las ideas nos conduce á abordar la cuestión médico legal, sigámosla y diré cuanto se me ocurre sobre ella.

¿Trata por ventura la acusación de sacar sus pruebas de las conjeturas y apreciaciones de la medicina? ¿Tiene por ventura el Ministerio público la pretensión de haceros resolver problemas fisiológicos? De ningún modo; no es esta vuestra misión. Formais un jurado, pero no un jurado médico.

Hé aquí las pruebas de la acusación: el testimonio vivo y elocuente de Mauricio Roux; la sinceridad de su actitud y acento; la imposibilidad de atribuir un interés cualquiera á una mentira fraguada por él; el hecho probado de que se le encontró medio estrangulado en el subterráneo, con los piés atados con un pañuelo que tenía las iniciales de Armand y las manos atadas por la espalda; el hecho probado de que alguno se llevó y sacó fuera del subterráneo la llave de éste, y por último, el hecho de que Mauricio Roux recibió un golpe en la parte posterior de la cabeza.

Aún tenemos mas pruebas, pero por ahora me limito á enumerar las principales; pruebas que descansan sobre testimonios ciertos, sobre razones elementales, en cierto modo, y accesibles á la inteligencia de todos, y cuando tenemos estas pruebas, cuando tenemos, á mi modo de ver, cuanto puede tranquilizar la conciencia y producir una convicción

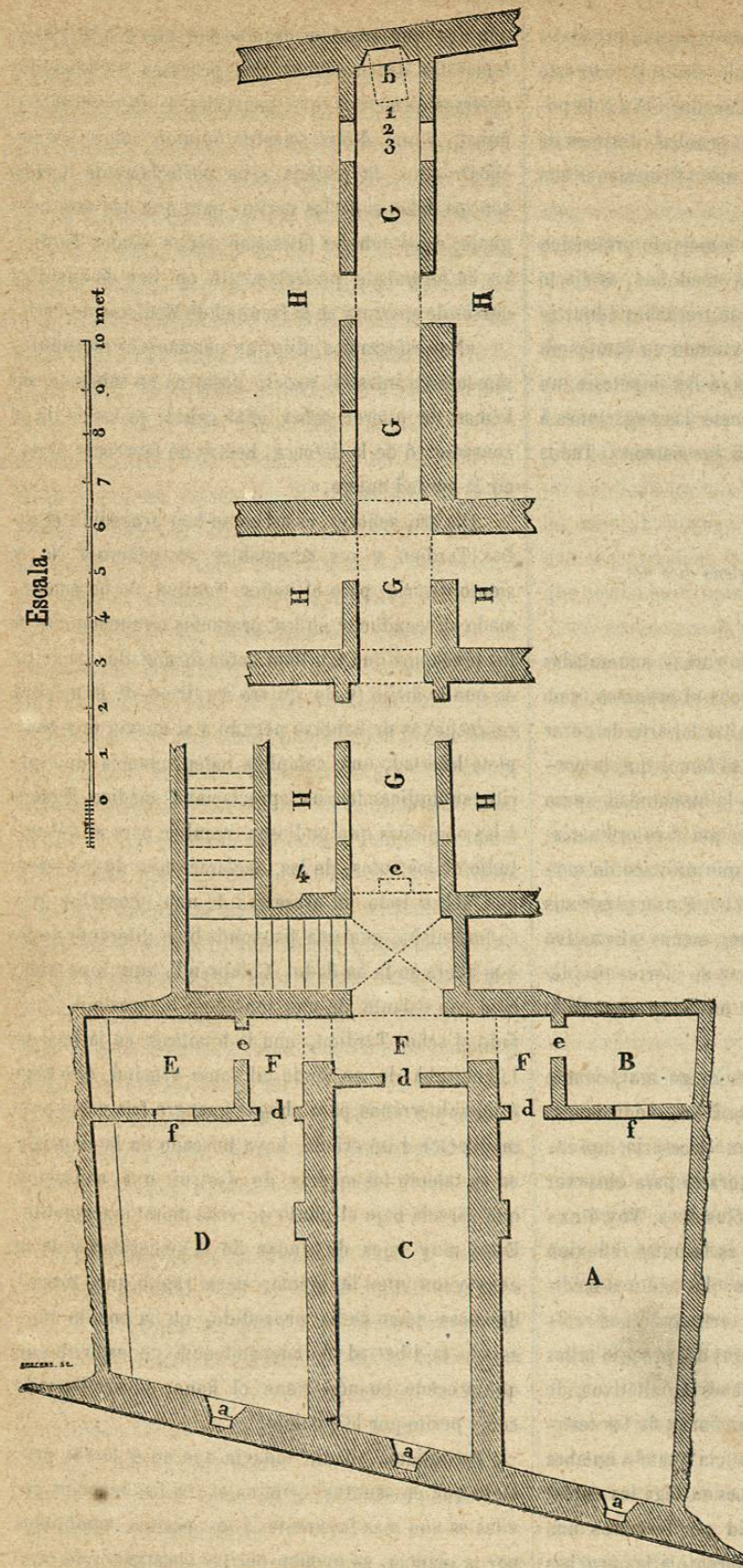
PLANO DE PARTE DE LOS SÓTANOS DE LA CASA DE ARMAND.

Explicación.

- A. Sótano para leña donde se encontró á Mauricio Roux.
- B. Cueva para vino, del señor Armand.
- C. Sótano de la señora tía de Armand.
- D. Sótano para leña, de la señora tía de Armand.
- E. Cueva para vino, de la señora tía de Armand.
- F. F. F. Pasadizos.
- H. H. H. H. H. H. Sótanos de los inquilinos.
- a. a. a. Tragaluces que dan al boulevard del Jeu-de-Paume.
- b. Tragaluz á la calle de los Grenadiers.
- C. Tragaluz al patio.
- d. d. d. Puertas con claraboyas.
- e. e. Puertas.
- f. f. Ventanas sin vista.

Horas en que estuvieron en el sótano.

- 1; á las ocho y cuarto.
- 2; á las ocho y media.
- 3; á las nueve y cuarto.
- 4; á las tres ó tres y media.





definitiva, he aquí que se nos presenta una pretendida ciencia que quiere de un soplo destruir todo esto y quedar dueña del terreno, diciendo: «Yo sola poseo la verdad; todas las demás pruebas despues de las mias, ó mejor, despues de mis afirmaciones son objetos de risa; ¡nada!

¿No es cierto, señores, que semejante pretension es cuando menos exagerada? La medicina, es cierto que posee un número limitado de verdades adquiridas, pero al lado de ellas se extiende un campo sin límites abierto á las conjeturas, á las hipótesis, un campo en el cual pueden oponerse las negaciones á las afirmaciones y los sistemas á los sistemas. Todos recuerdan el conocido verso:

*Hipócrates dijo sí, y Galeno dice no.*

Bien sé que á través de esas ruinas acumuladas en el campo de la medicina marcha el progreso, y no quiera Dios que yo pretenda quitar al arte de curar la parte de gloria que le cabe y el honor que le corresponde en el gran trabajo de la humanidad; pero en medio de la incertidumbre en que vive ordinariamente esta ciencia, me parece que un poco de modestia no estaria de más, y que debería usarse por sus oráculos un tono menos decidor, menos afirmativo del que usan algunos en presencia de ciertos problemas, sobre los cuales la ciencia no ha pronunciado su última palabra.

Si esto es verdad de una manera general, cuanto mas no debe serlo cuando falta á los médicos esa completa libertad de espíritu tan necesaria, tan indispensable en las ciencias naturales para observar con precision y sacar sanas conclusiones. Voy á explicarme sobre este particular, y es la única reflexion que deseo hacer sobre este punto: los señores médicos llamados por la defensa han empezado por recibir comunicacion de todas las piezas del proceso (ellos mismos lo dicen); de los dictámenes facultativos, de los interrogatorios, de las declaraciones de los testigos. ¿Es así como procede la justicia cuando nombra como peritos á unos médicos? ¿Les entrega los autos? ¿por ventura les dice:—Empezad por formaros una opinion sobre la causa en lo referente á las pruebas

morales que pueden hacerse por una y otra parte, tomad las declaraciones, los procesos verbales, los diversos elementos que constituyen un proceso criminal, y me direis vuestra opinion sobre los hechos?—No, la justicia sabe perfectamente cuales son los deberes de los peritos para que use este lenguaje; estos deberes el mismo señor doctor Tardieu los ha formulado perfectamente en uno de sus discursos de apertura en la facultad de Medicina de Paris.

«Nos esforzamos, dijo, en permanecer escrupulosamente en nuestro papel; nosotros no sabemos, no hemos de querer saber cual causa, ya sea la de la acusacion ó de la defensa, hemos de favorecer al decir la verdad entera.»

¿Es así, señores, es así como han procedido el señor Tardieu y sus respetables compañeros? No, y siento decirlo; pero el señor Tardieu no ha conforado su conducta en las presentes circunstancias á los preceptos que tan bien habia formulado. La critica que le dirijo (y no quiero servirme de la palabra reproche) es de haberse negado á sí mismo una completa libertad, una completa independencia de espíritu subordinando sus apreciaciones médico-legales á las opiniones que pudiesen resultar para el estudio de los autos, de las declaraciones de los testigos, sobre todo en presencia de una acusacion que se formulaba, con una fisíonomía bien diferente de la que ahora se le ha dado. Comprendo muy bien que, colocado delante de una acusacion inverosímil, irritado el señor Tardieu, con la hipótesis en la cual se le colocaba de un modo tal como Armand, que baja á un subterráneo para ahogar á sangre fria y con premeditacion á un criado, haya buscado en la ciencia y en su talento los medios de destruir una acusacion que parecia bajo el punto de vista moral inaceptable. Estoy muy lejos de dudar de la sinceridad y de la conviccion que le anima; pero repito que, procediéndose como se ha procedido, no ha podido conservar la libertad ó independencia de espíritu con que procede cuando tiene el honor de ser llamado como perito por la justicia.

Permitidme añadir todavía que no es la vez primera que en asuntos criminales (en los negocios civiles es aún mas frecuente) á los peritos nombrados por la justicia, se oponen peritos encargados de con-

tradecirlos y desmentirlos. El señor doctor Tardieu debe haberse encontrado en su ya larga carrera, con frecuencia en contradicciones con sus compañeros, muy sábios y muy hábiles tambien. Para referirme á dos ejemplos bien conocidos, citaré el proceso Lafarge: no encontró peritos que se presentaran sosteniendo que no habia veneno en las vísceras del marido. En otro proceso mas reciente, y puedo hablar con competencia porque asistí á los debates, si no como actor, como espectador: en el de los esposos Favre de Lyon, acusados de haber envenenado á Juan Crepin, vi con mis ojos á siete ú ocho médicos citados por la defensa, sostener que un cocimiento de adormideras en la proporcion citada por la acusacion, no podia causar la muerte de un hombre y producir un envenenamiento; para luchar contra aquellos siete ú ocho médicos que prestaban así á la defensa el socorro de una ciencia que yo, personalmente, consideraré tan concienzuda como se quiera, la acusacion no tenia sino un médico; pero se encontró que este llamado despues que los otros habian sido oidos, causó una profunda impresion en el jurado y en el público con esta sencilla observacion: «Los orientales, dijo, tienen, desgraciadamente, la costumbre de tomar ópio; ¿están por esto envenenados? Si, y no. No en el sentido de que no mueren de un envenenamiento repentino ni pronto ni aún en un tiempo muy próximo de haberlo tomado; pero el uso del ópio no por eso deja de conducirlos á un estado de tisis que produce la muerte en un tiempo mas ó menos remoto, y sustancias narcóticas de ese género administradas á un anciano octogenario, debian producir los efectos de una intoxicacion, de un envenenamiento mortal que la acusacion supone á los esposos Favre quisieron producir.»

No prolonguemos estos penosos detalles; estamos colocados en un terreno por demás resbaladizo, y he tratado en cuanto he podido y cuento contenerme hasta el fin dentro de los límites de la moderacion posible, y con esto entro en la discusion de los argumentos y de las objeciones de los diferentes médicos de la defensa: sin entrar en detalles que nos llevarian demasiado lejos, estas objeciones pueden reducirse á tres principales.

Ante todo se dice: no hubo golpe en la nuca, por

lo tanto este golpe no pudo producir una conmocion cerebral.

El mutismo, se añade, fué un juego, la estrangulacion altera la voz, pero no la quita.

Y se concluye diciendo: Mauricio Roux no pudo estar once horas en el estado en que se le encontró, hubiera muerto en mucho menos tiempo.

¿Que no se dió golpe alguno en la nuca? ¿Por qué? Porque segun los médicos de la defensa no quedan señales, ó no se encuentran, al menos señales suficientes, salvo un pequeño arañazo que corresponde á un golpe violento, y tan violento que pudiera producir una conmocion cerebral. ¿Y quién dice esto? Lo dicen los que no han visto las señales, y solo las conocen, cuando mas, por las descripciones que han encontrado en los autos. ¿Cuáles son los médicos que sostienen la opinion contraria, que afirman haber visto, no una sensible desolladura, sino el cardinal producido por un golpe mas ó menos violento? Pues son los médicos que han seguido todas las fases de este incidente; los que tuvieron ocasion durante la enfermedad y sufrimientos de Mauricio Roux de fijar su atencion *de visu* sobre este punto que particularmente se les habia señalado, y no es solo un médico el que diga esto; notad que podemos contar con la acusacion al señor Alquié, Dumas, René, Surdum, Viallette, y séame permitido añadir al señor doctor Dupré.

Por lo que hace al señor doctor Dupré, debo dar una explicacion y quisiera darla con todo el respeto que debo al respetable carácter de que se halla revestido; pero en fin, señores, no puedo dispensarme, cualquiera que sea mi deseo de respetar las conveniencias, de haceros observar que me ha chocado la actitud del señor Dupré en estos debates. El señor doctor Dupré firmó un dictámen que, como sabeis, respondia á tres cuestiones propuestas por el señor juez de instruccion, á él, al señor doctor Dumas y al señor doctor Surdum. Estas cuestiones se reducian y tenian por objeto saber si un golpe dado en la nuca podia producir una conmocion; si era necesario para esto que el golpe fuese violento, y si debía el golpe dejar considerables señales. Repóndiose *sí*, á la primera pregunta, y *no*, á las otras dos; y ahora se presenta el señor doctor Dupré y nos dice: «Sí; he con-